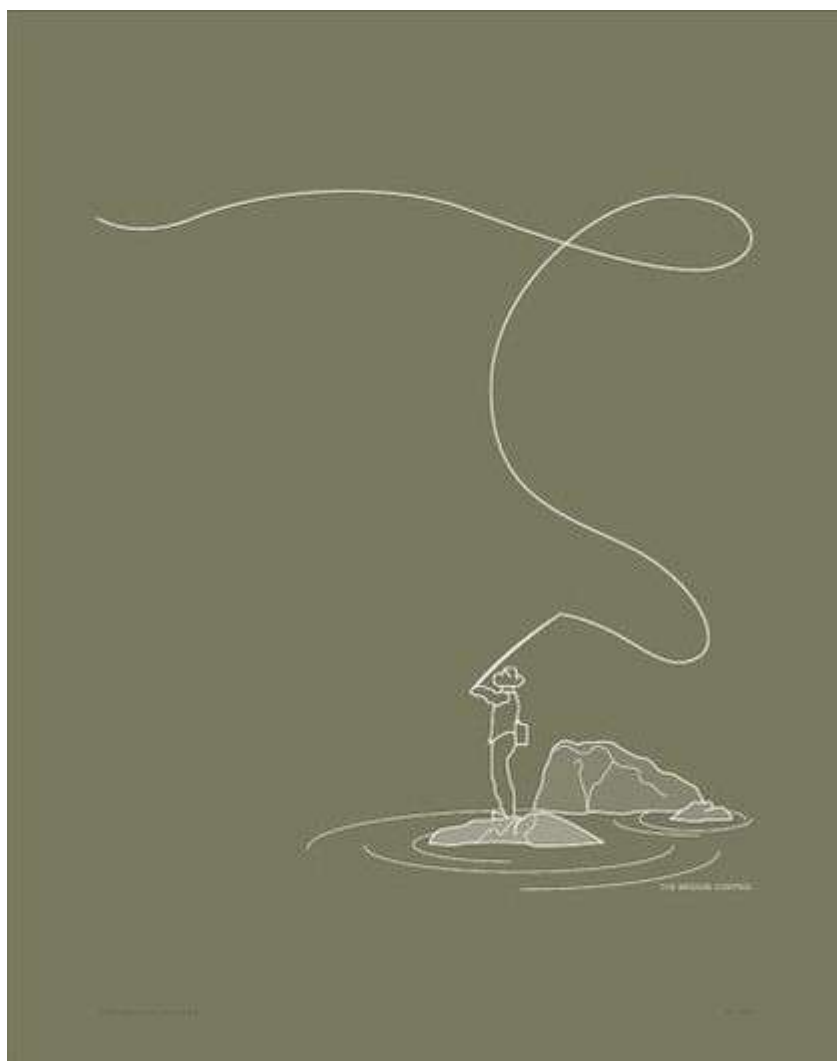


LA SERPIENTE EN LA BOTA
MOLINARI



XX CERTAMEN DE RELATOS EN PROSA
"LIBRERÍA DELFOS"
FEBRERO DE 2017

La serpiente en la bota

© 2017

Ilustración de la portada: “Fly Fishing”, serigrafía. ©Tommy Kronquist.

Impreso en tipos Times New Roman, caja 12, interlineado doble.

4000 palabras aproximadamente.

LA SERPIENTE EN LA BOTA

Hay una serpiente en mi bota. Una serpiente extremadamente venenosa, la más venenosa de América del Sur. Al menos estoy casi seguro de que está ahí dentro, justamente ahora junto al tobillo, describiendo un perezoso movimiento circular y haciéndome cosquillas, aunque no siento ningún deseo de reír y me limito a permanecer inmóvil para no asustarla, para no despertar sus mecanismos de defensa y no provocar su mordedura. Hace un instante me ha parecido entreverla en el cañaveral de la orilla, un minúsculo destello amarillo-verdoso entre los juncos y, antes de poder alejarme, de sacar siquiera la pierna del agua tibia y oscura del río, he sentido el roce de su cuerpo fino deslizándose por sobre el borde de la bota de goma y bajando a lo largo de la pierna, buscando el calor del pie, donde las venas abultadas palpitan, azules, a flor de piel.

Hay una serpiente en mi bota o estoy casi seguro de que es una serpiente, una minúscula bocaracá como la que me mostraron en fotografía en San José, dos días atrás (ahora parece que fue hace una eternidad), pero también podría ser que yo no haya visto bien y que sea alguna otra cosa la que se rebulle junto a mi tobillo, un pequeño pez, una larva o incluso una serpiente, sí, pero inocua, de las muchas que habitan la orilla del río. ¿Cómo saberlo? En ese caso, bastaría con sacar el pie del agua, quitarme la bota, desalojar al pequeño huésped y reírme después de mis temores. Sin embargo, si se trata realmente de la bocaracá, en cuanto se aperciese de mi movimiento, en cuanto el pie se desplazase dentro de la bota siquiera un milímetro, se revolvería asustada y furiosa y me mordería, con rapidez de relámpago, muchas veces, descargando cada vez una pequeña dosis de veneno con sus finísimos colmillos hipodérmicos. Y en ese caso nada iba a poder salvarme la vida. Por eso me quedo quieto, tan quieto como me resulta posible, con un pie en la orilla y el otro, que empieza a entumecerse, pesadamente introducido en la corriente; tan quieto que de pronto puedo reparar en

sensaciones que de otro modo me pasarían desapercibidas: las gotas de sudor deslizándose por mi frente y deteniéndose un instante en la punta de la nariz antes de caer, o el movimiento de los pocos cabellos que se escapan por debajo del borde del sombrero mecidos por la brisa; tan quieto que puedo escuchar los latidos de mi propio corazón que, después de un instante de loco galope, se acallan ahora, como temerosos de asustar a la pequeña bestia instalada junto al tobillo, dentro de la bota.

Había vivido ignorante de la existencia de la serpiente bocaracá hasta apenas un par de días atrás. Después de una agotadora semana de trabajo visitando clientes disponía de todo el fin de semana para conocer un poco más este paraíso en la Tierra que es Costa Rica, y había estado preguntando dónde podía un inexperto pescador español de río capturar un par de peces. Me recomendaron dirigirme al sur, a la costa pacífica, alquilar un barco y salir a pescar las grandes especies pelágicas, el sábalo, el tarpón, el dorado mahi-mahi y el legendario pez vela, el gran adversario del Viejo en la novela famosa de Hemingway, cuyos mayores ejemplares, récords del mundo de la pesca, se capturan en aquellas aguas. No obstante, me interesé más bien por lugares donde se pudiera practicar la pesca fluvial sin aclarar, por vergüenza, que no tenía dinero para alquilar un barco ni quería tampoco exponerme a las burlas de los pescadores más experimentados, porque nunca me había medido con aquellos monstruos de los mares y tenía miedo de hacer el ridículo. Había escuchado, sin embargo, leyendas de pescadores sobre los ríos y lagos de la costa atlántica de Costa Rica donde los peces, por así decir, lo saltaban a uno en brazos, de modo que organicé mi pequeño fin de semana de pesca en Tortuguero, al norte, donde alquilaría el equipo necesario y una cabaña en el establecimiento más barato que pudiera encontrar y enfrentaría objetivos más modestos, a la medida de mis habilidades con los aparejos.

Antes de despedirnos, y junto a consejos sobre carreteras, restaurantes y lugares donde tomar un guaro sour y encontrar mujeres hermosas, uno de mis compañeros de trabajo se consideró en la obligación de advertirme, con un dejo burlón en la voz, que, a diferencia de los bosques de Europa, con sus ardillas y sus gorriones, en las selvas de Costa Rica no eran infrecuentes los encuentros con

animales peligrosos, y me mostró en su ordenador una sucesión de fotografías de criaturas de pesadilla, arañas y escorpiones y libélulas del tamaño de un pequeño pájaro, y por último la más peligrosa de todas: la serpiente bocaracá. En la fotografía se veía de un color verde-amarillo brillante, moteada de manchas pardas y, aunque el cuerpo delgado no superaba el medio metro, se trataba de la serpiente más venenosa de toda América, según rezaba el texto que acompañaba a la fotografía, más venenosa que la surucucú de las selvas del Brasil, más venenosa incluso que la serpiente de cascabel de los desiertos de Arizona; tan venenosa que una picadura suya, una sola, puede provocar la muerte de un hombre en menos de 30 minutos.

La noche antes de viajar a Tortuguero, en el cuarto de hotel de San José, miré de nuevo la página de animales peligrosos y apunté una lista de productos que tendría que comprar para protegerme: repelentes para los mosquitos y antídotos para los venenos. Después, dormido en el lecho, las imágenes de aquellas alimañas me visitaron de nuevo, agigantadas por el sueño.

Al día siguiente muy temprano, ya en Tortuguero, después de un breve recorrido nocturno en el pequeño todoterreno de alquiler a través del espinazo montañoso de Costa Rica y de las selvas del Parque Nacional de Braulio Carrillo, en el mismo establecimiento donde alquilé mis cañas y anzuelos, saqué mi lista y pedí los productos apropiados, pero no existía, al parecer, antídoto para el veneno de la bocaracá. “No se preocupe —me dijo el encargado del establecimiento mientras guardaba mis señuelos y carretes en una caja de cinc—, la bocaracá vive en los árboles y rara vez baja al pasto; además, aquí no sabemos de ningún europeo que haya muerto mordido por la bocaracá”. En respuesta a aquel curioso argumento estadístico le referí al encargado la historia del Rey Carlos XII de Suecia, que tenía por costumbre pasear temerariamente al pie de las murallas, en pleno asedio de las fortalezas enemigas, bajo el intenso fuego, mientras proclamaba que nada había de sucederle porque no se sabía de rey alguno que hubiera muerto por bala de fusil ni de cañón, sin querer escuchar a sus soldados cuando le decían que pocos reyes se habían expuesto como él lo hacía a sufrir tal destino, y rematé la historieta sugiriendo que tal vez no eran muchos los europeos que se aventuraban sin protección por

las selvas de América Central. Nos reímos juntos el encargado y yo mientras él terminaba de guardar las cañas en sus fundas de lino, pura vida, hermano, pura vida, y yo no creí necesario aclararle que, al fin y al cabo, a Carlos XII lo mató un disparo de fusil durante el asedio de la fortaleza de Fredriksten. A pesar de la estadística.

Por consejo del locuaz encargado, conduje por un sendero de tierra apisonada que debía dejarme a menos de un kilómetro de un arroyo tributario del Río Tortuguero, hacia la zona alta de Cariari, de gran valor paisajístico y de donde era absolutamente imposible no volverse con un cubo lleno de peces bobos, gaspares y guapotes, por muy negado que uno fuera con la caña. Avancé hasta que la vegetación rodeó el coche por completo y ya no fue posible recorrer un metro más y, a pesar de ello, calculé que el kilómetro del encargado tenía, por lo menos, cinco, así que llegué a la orilla del arroyo agotado, completamente inundado en sudor, acarreamo mis aparejos. Dediqué un instante a contemplar aquél paisaje recóndito, tanto que parecía no haber sido antes hollado por el pie del hombre, mientras armaba las cañas, empataba los señuelos y me calzaba las pesadas botas altas de goma que el encargado se había empeñado en incluir en el lote para que pudiera vadear por la orilla y, así, adquirir mejores ángulos para lanzar el señuelo a los lugares adecuados, en las pequeñas pozas y entre las cañas de la ribera, donde los peces depredadores permanecen ocultos, al acecho de sus presas.

Antes de poder comprobar de primera mano las virtudes pesqueras del lugar tuve que darle la razón al encargado sobre su belleza, porque me parecía haberme internado en el mismísimo jardín del Edén. El agua bajaba oscura, despaciosa y templada por el estrecho cauce en cuyas márgenes la vegetación se alzaba enmarañada y espesa y, a través de las ramas robustas y de los racimos de frutos de vivos colores, saltaban los monos y los tucanes. Pensé que, aunque me volviera con las manos vacías, me llevaría al menos la memoria y el alma llenas de imágenes maravillosas, y aquello me consoló anticipadamente del probable fracaso de mi jornada de pesca. Bien es cierto que no podía imaginar entonces hasta qué punto sería mi jornada de pesca un fracaso.

Aplicando los conocimientos recién adquiridos en un folleto que el encargado había introducido diligentemente en la caja de los aparejos, decidí que en un remanso de apariencia calma y honda de la orilla de enfrente debía de haber algún pez de buen tamaño, así que hacia allí lancé el señuelo con escasa puntería. Tratando de afinar el tiro, introduje un pie en el cauce, para ganar ángulo y, justo antes de que la bota tocara la superficie del agua, cuando ya el movimiento era irreversible, cuando ya el peso del cuerpo gravitaba sin freno hacia el pie en alto, con el rabillo del ojo vi el destello verde-amarillo de la pequeña serpiente entre los juncos, por espacio de menos de un segundo, un visto y no visto pero con extraordinaria nitidez, al mismo tiempo que la bota se hundía pesadamente, con un fuerte chapoteo, en el río. E inmediatamente después, el culebreo por la pierna, el breve viaje del intruso desde el borde de la bota hasta el tobillo, y la sensación, que cayó sobre mí de repente, como una losa, de estar, tal vez, viviendo los últimos instantes de mi vida.

Y así, devanando esa enmarañada madeja de acontecimientos, de azares y giros del destino caprichoso, de días y sus noches, de causas y sus consecuencias, vine a parar aquí: a la orilla de un río de Costa Rica, con un pie en la tierra y otro en el agua, con la caña en alto y con un misterioso habitante del río dentro de la bota, quién sabe si un inofensivo pez o un renacuajo o, por el contrario, una minúscula serpiente venenosa.

Un torbellino de pensamientos vertiginosos pasa por mi mente mientras intento permanecer extremadamente quieto, tratando de decidir si debo sacar el pie del agua inmediatamente o no. ¿Cuántas posibilidades existen de que, verdaderamente, sea una bocaracá lo que bulle junto a mi pierna, en vez de una inofensiva sabandija? Yo la he visto, me digo, la he visto apenas un segundo, pero claramente, idéntica a la que se veía en la página de los animales peligrosos, saltando entre los juncos antes de sentir cómo se abría paso hacia adentro de la bota hundida en el agua. A ese argumento de mis sentidos opongo yo los argumentos de la razón: la bocaracá vive en los árboles, me digo, rara vez desciende al pasto, el encargado lo dijo, la página sobre animales peligrosos lo decía también, y ¿cómo voy a reconocer yo, ignorante como soy de las cosas de la selva, una serpiente

tropical, tan semejante a tantas otras, con sólo haberla entrevisto un segundo, menos de un segundo, lanzándose entre los juncos de la orilla y tan parecida a uno de ellos? Lo que debo hacer es sacar el pie del agua, quitarme la bota y desvanecer mis miedos, porque seguro que de ella sale un renacuajo, o una culebrilla de agua, o un pez. Y en todo caso, si es la serpiente, si es la bocaracá, ¿qué otra cosa puedo hacer? Debo sacar el pie, arriesgarme a sufrir la mordedura, y después correr hacia el coche, volver a Tortuguero y buscar un médico. Sin duda tendré tiempo de sobra, sólo unos pocos casos terminan con la muerte de la víctima, eso decía la página de internet. ¿O eso lo decía de la lora venenosa de los cafetales? ¿Qué importa lo que dijera la página? ¿Cambia en algo mi situación? Debo sacar el pie, debo quitarme la bota, debo saber. Con un temblor supersticioso temo que la serpiente se anticipe a mis intenciones, que sea capaz de adivinarlas en el imperceptible erizarse de la piel, en el infinitesimal aumento de temperatura que precede al movimiento y que, antes aun de moverme, me clave los pequeños colmillos filosos, y trato de quedarme más quieto aún, de bloquear incluso mis pensamientos, con el pie en el agua y el otro en la tierra, y la caña aún ridículamente izada sobre la cabeza, sintiendo el pequeño cuerpo del enigmático animal junto a mi pie, su tacto áspero, su consistencia concreta.

A medida que el tiempo pasa y la fatiga hace mella en mí, mis argumentos van haciéndose más y más alambicados. Tratando de mantenerme todavía en un plano racional pienso que la decisión más inteligente es quedarse así, quieto, hasta que el inmundito huésped de mi bota se canse y decida proseguir su camino para que yo pueda proseguir el mío, porque en algún momento tendrá que comer, o aparearse, o regresar a su guarida, sea pez, serpiente o cualquier otra cosa. Incluso la serpiente no tendrá reservas infinitas de oxígeno, tendrá que salir a respirar o, de lo contrario, morirá enrollada a mi pierna. La ley de probabilidades está a mi favor, me digo ufano, y mientras más tiempo esté con la bota en el agua, más probabilidades habrá de que el pequeño visitante se canse de esperar y se marche. Pero a renglón seguido me digo que no, que por el contrario es muy probable que haya sido un animal inofensivo del río el que, asustado por el súbito chapoteo de mi pie al entrar en el agua, se haya colado

adentro de la bota y que, si en aquél mismo momento la hubiera sacado del río, nada habría pasado; pero durante todo el tiempo que llevaba ya con la bota en la corriente no había hecho otra cosa que incrementar las posibilidades de que la bocaracá realmente entrase en ella, porque una bota que permanece infinitamente introducida en un río tiene infinitas posibilidades de ser ocupada por infinitos animales, la bocaracá entre ellos, de modo que mi oportunidad seguramente se había esfumado por culpa de mi indecisión y que la ley de probabilidades operaba, en realidad, en mi contra. ¿Es eso posible? ¿Cuántas posibilidades hay de que una bocaracá entre en la bota de un hombre que permanece inmóvil creyendo que tiene una bocaracá en la bota? ¿Cuántas posibilidades hay, verdaderamente, de que lo que he visto entre los juncos sea una bocaracá y no una simple culebra? ¿Cuántas posibilidades existen de ser mordido por una bocaracá cuando sólo hace dos días que se conoce la existencia de una serpiente de ese nombre? ¿Cuántos europeos han muerto mordidos por serpientes venenosas en las selvas atlánticas de Costa Rica, desde tiempos de los conquistadores a nuestros días? ¿Cuántos reyes han muerto de un disparo de fusil durante el asedio de una fortaleza? ¿Y de un flechazo? ¿O es que las flechas no matan igual que las armas de fuego? Ricardo Corazón de León murió con el cuello atravesado por una flecha disparada desde lo alto del castillo de Chalus-Chabrol mientras paseaba despreocupado al pie de la fortificación sin su cota de mallas, eso es algo que los soldados de Carlos XII olvidaron decirle a su soberano lo mismo que yo olvidé decírselo al encargado del comercio de Tortuguero, y aquel olvido cobra de repente la mayor importancia ya que, de alguna forma, me acerca a la probabilidad de tener una bocaracá en la bota, me acerca a la probabilidad de morir mordido por ella. Y mientras todos esos pensamientos giran dentro de mi cabeza, con la fuerza de un huracán, permanezco irresoluto, inmóvil, y la sombra de la caña que mantengo levantada en alto se desplaza lentamente sobre la superficie del río a medida que el sol va alzándose en el cielo, como la sombra del gnomon de un reloj de sol que fuera midiendo el breve intervalo de lo que me queda antes de conocer el desenlace de mi suerte. Quién sabe si de lo que me queda de vida.

A veces, sin poder evitarlo, mi mente agotada se pierde en lánguidos recuerdos. Recuerdos de mi hogar lejano, de mi familia, de mi infancia, como si de ese modo pudiera distraerme un momento de la realidad, como si así me fuera permitido posponer la decisión: sacar el pie o quedarme con él en el agua otro minuto más, otra hora, otro día. Como un condenado que aguarda subir al patíbulo, pienso que hasta que llegue la hora soy inmortal. Pero en el fondo sé que todo es inútil; que es inútil retrasar por más tiempo la decisión antes de que el agotamiento la tome por mí, mucho menos hacerme ilusiones. Si no es la bocaracá lo que tengo en la bota sólo habré estado inmóvil unas cuantas horas, paralizado por un miedo irracional sin haber sufrido realmente peligro alguno: una historieta ridícula con final feliz que luego podría relatar, adornándola con detalles cómicos. Pero si de verdad es la serpiente quien dormita enrollada a mi tobillo, antes de terminar de sacar el pie del agua me habrá mordido, incluso varias veces, y la historia ridícula se habrá tornado tragedia, y a nadie podré ya contársela, y a diferencia de Corazón de León o de Carlos XII no habrá cronistas ni poetas que canten mi modesta hazaña: aquí yace César Molinari, pescador español; permaneció durante horas sin moverse con la caña en alto, en un alarde de resistencia sin igual, antes de morir envenenado por una bocaracá. Descanse en paz.

Ha pasado ya, ¿cuánto tiempo? Cuando dejé caer el pie en el agua apenas había amanecido y ahora el sol del crepúsculo se oculta ya detrás de los árboles de la otra orilla. Con un pie en la tierra y otro en el agua y con la caña aún alzada en la mano, en el ademán congelado de ejecutar el lance, debo de tener el aspecto de una estatua, el monumento al pescador desconocido, y el reflejo rojo sangre del sol en el agua parece una temblorosa llama votiva prendida frente a mí. El pequeño habitante de mi bota permanece a veces inmóvil durante mucho tiempo, hasta que llego a pensar si no habrá ascendido subrepticamente por la pierna arriba y no habrá salido de nuevo al agua sin que mi piel abotagada haya podido percibir el roce. Entonces, cuando empiezo a creer que tal vez he sido liberado de mi destino, que por esta vez los vientos de la fortuna han girado a mi favor, otra vez noto la caricia

siniestra, el movimiento perezoso de la alimaña junto a mi pie, alerta, como si también ella estuviese sometida a una espera cruel. Y entonces mi alma desfallece, y me parece ver, nítidamente, cómo el hilo de mi vida se debilita, cómo la esperanza me abandona.

Mientras el cansancio y el miedo ejecutan su labor inexorable, extrañas fantasías me asaltan, ocupando el lugar que antes ocuparon mis embrollados cálculos de probabilidades; pienso que la serpiente me ha mordido ya y que soy víctima de delirios y alucinaciones y que el río, los arboles y el grito destemplado de los papagayos son el producto de mi imaginación, excitada por la fiebre; otras veces pienso incluso que ya estoy muerto, que el veneno ha remontado el río de mi sangre hasta llegar al corazón y que, sin darme cuenta, ha terminado con mi vida, y ahora permanezco detenido entre el mundo de la luz y el de las sombras, donde Hades me espera con su sonrisa tenebrosa, de calavera. Sólo la conciencia de mí mismo, la conciencia del calor sofocante, del cansancio, del dolor, de la memoria, me permiten saber que sigo vivo, porque imagino que la muerte es un lugar sin memoria, sin cansancio, sin dolor y, sobre todo, sin conciencia.

Y cuando ya las fuerzas me abandonan y el agotamiento se hace insoportable y no puedo contener por más tiempo el dolor de los miembros petrificados, decido que debo sacar el pie del río. Es mi voluntad, que súbitamente se enciende y chisporrotea dentro de mí, quien lo decide, no la fatiga, ni el dolor, ni el miedo, porque la incertidumbre es peor aún que la cercanía de la muerte y porque la vida consiste en eso precisamente, en moverse hacia adelante sin saber lo que va a suceder, en una carrera que, tarde o temprano, terminará del mismo modo, sea por la mordedura de una serpiente, o por la mordedura de la enfermedad, o por la mordedura sigilosa de los años, terribles e iguales. Y así, mientras mi mente toma la decisión, mi cuerpo empieza lentamente a reunir sus escasas fuerzas, presto a ejecutarla.

Se dice que, en el trance de morir, cada hombre ve pasar ante sí, en rápida sucesión, toda su vida. Mi experiencia, concediendo que sea de la misma naturaleza, es sin embargo mucho más curiosa: de pronto veo, como si estuviera muy lejos pero, paradójicamente, con extraordinaria nitidez,

mi casa lejana y en ella mis hijos, risueños y felices, mirando una película en el televisor donde un muñeco, un pequeño cowboy de tela, grita con una voz cómica: “¡Hay una serpiente en mi bota!” y la última imagen de mi visión es el rostro de los dos que, desprevenidos y felices, ríen, y yo siento que aquello no es un delirio provocado por el cansancio ni un recuerdo provocado por la desesperación y la nostalgia, sino que acaso los vastos dioses me han concedido la gracia, que será la última, de despedirme de ellos, y la angustia que he sentido se acalla, y me invade una maravillosa sensación de calma, y se me ocurre que, en realidad, no hay nada que temer pues, pase lo que pase, aunque yo marche, ellos quedarán, y ellos serán mi memoria viva, y que nadie, ni el más desventurado de los hombres, puede morir del todo, y a mi alrededor parecen condensarse, como fantasmas, las imágenes vaporosas de Carlos XII de Suecia desafiando con apostura las balas enemigas, y Corazón de León, que me mira tristemente con el penacho negro de la flecha aún asomándole del cuello ensangrentado, e incluso muchas otras figuras casi indiscernibles, soldados con altos morriones de acero de tiempos de los conquistadores e indios bronceados de traje blanco y jipijapa, y hasta señoras con faldas largas, ceñidas blusas y sombrillas de encaje, espectros de los europeos que cayeron en aquellas tierras mordidos por generaciones y generaciones de bocaracás, y todos ellos, liberándose por un instante de sus propios afanes, me miran y me sonríen en un gesto de bienvenida, listos para acogerme entre ellos, y de pronto sé, sin dudarlo ya más, iluminado por una súbita revelación, lo que va a suceder, lo que realmente me espera, pero ya no me importa. Ya no tengo miedo.

Muy lentamente bajo la vista y contemplo mi pie dentro de la corriente. Haciendo acopio de mis últimas fuerzas, de un súbito tirón, lo saco.